

SALVADOR CLARAMUNT

CISNEROS Y LA VIDA UNIVERSITARIA*

Francisco Jiménez de Cisneros constituye una de las personalidades más notables de la transición de los tiempos medios –cronológicamente hablando– a la época renacentista, es decir al momento en que se inicia la llamada edad moderna. Confesor de Isabel la Católica, Provincial de su Orden Franciscana, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, Canciller Mayor del Reino de Castilla, Cardenal e Inquisidor General, Regente de la Corona, desplegará una incesante y grandiosa labor en sus múltiples facetas de religioso, estadista y mecenas. De todos estos aspectos en este trabajo únicamente vamos a incidir en el último, en donde sobresale como fundador de la Academia Complutense y como editor de la Biblia Políglota, que situó a la Corona de Castilla en sintonía con el movimiento humanista de la época. Se ha llegado a hablar de «el modelo» cisneriano de actuación histórica,¹ en donde se ha analizado el hombre, la tierra y la época para comprender su continuada y exitosa labor en todos los campos. La trayectoria biográfica de Cisneros parece un reflejo del proceso de cambio histórico que le tocó vivir. Con su dedicación exclusiva al trabajo establecerá una especie de clave ideológica en la que el servicio de Dios se sitúa en primer lugar, seguido del servicio de su majestad, con objeto de conseguir el bien y la paz de los reinos.

Todo lo expuesto someramente permite hacernos con una idea normativista, humanística y efectiva del funcionamiento de su labor, que se podría concretar en cuatro puntos:² 1) La operación mediante marcos normativos prefijados; 2) La selección humanística de los realizadores, traducción del convencimiento de la primordialidad del factor humano en el resultado de cualquier empresa; 3) La transferencia de la gestión a representantes de elección democrática; 4) El ejercicio normativo de la autoridad como medio para asegurar los fines sociales y exigir el cumplimiento universal de las respectivas obligaciones.

* Texto de la Conferencia pronunciada en la «XX Semana Internacional de Estudios Medievales», dedicada al año 1492 y su significación histórica (Barcelona, junio de 1992).

1. Bartolomé ESCANDELL BONET, *El «modelo» cisneriano de actuación histórica*, Alcalá de Henares, 1980.

2. Véase el trabajo de ESCANDELL, *op. cit.*, p. 74.

Estos trazos de la ideología cisneriana nos ponen en el camino para poder comprender su labor universitaria, motivo de esta aportación.

* * *

La antigua *Complutum* fue reconquistada a los musulmanes en 1088 por Bernardo, primer arzobispo del Toledo reconquistado. El rey Alfonso VI había concedido en conquista Alcalá a la mitra toledana, de donde según muchos historiadores nació la prosperidad de la ciudad. En 1209 don Rodrigo Jiménez, octavo arzobispo, fundó el edificio que sus sucesores convirtieron en palacio arzobispal. En 1293 el rey Sancho IV el Bravo otorgó un privilegio al arzobispo don Gonzalo García Gudiel para que fundase un Estudio de escuelas generales en la villa de Alcalá, con las mismas franquezas que tenía el Estudio de Valladolid, pero no llegó a materializarse su realización y no pasó de simple proyecto. Más tarde, en 1495, el arzobispo Carrillo obtuvo del pontífice Pío II una bula dotando las tres cátedras de Artes que pensaba fundar en el Convenio de Menores franciscanos erigido por él. Llegamos así a fines del siglo XV sin que existiera Universidad ni Facultad alguna en Alcalá, sino únicamente una escuela de Gramática en el convento de san Francisco y tal vez alguna enseñanza en Artes.

Precisamente en esta escuela de Alcalá estudió Jiménez de Cisneros hasta que a los catorce años fue enviado a Salamanca. No es nuestro propósito hacer un minucioso detalle del *curriculum* universitario de nuestro protagonista, sino únicamente indicar que después de unos brillantes estudios de Derecho Civil y Canónico, inició su carrera religiosa no sin serios enfrentamientos con el arzobispo Carrillo que le valieron una larga estancia en prisión. Cerca ya de los cuarenta años finalizó su calvario particular, desempeñando primero el arciprestazgo de Uceda y luego la capellanía Mayor de la catedral de Sigüenza. Fue precisamente aquí donde contrajo estrecha amistad con Juan López de Medina, fundador del Colegio-Universidad de san Antonio de Portaceli de Sigüenza, y que según parece Cisneros aconsejó su fundación, iniciándose así su relación con el mundo universitario desde la óptica fundacional.

El aspecto de reformador monástico en la obra de Cisneros será decisivo para comprender su labor universitaria, sobre todo cuando a los cincuenta y nueve años de edad, en 1495, fue nombrado arzobispo de Toledo como sucesor del cardenal Mendoza.

Cisneros reunía las virtudes de un reformador y, apoyado por la reina, logró mejorar la moral y disciplinas monásticas. Será a la luz de esta reforma y del carácter del arzobispo que hay que considerar la fundación de la Universidad Complutense. En el pensamiento de Cisneros no estaba el crear una nueva Universidad que hiciera competencia al gran y tradicional centro de saber salmantino. Su idea era crear un centro eminentemente eclesiástico que elevase el nivel espiritual y cultural del clero

regular y secular castellano en especial, e hispánico en general, por medio de un organismo completo de enseñanza elemental y superior. Por eso creará una institución nueva, con otra concepción y finalidad, y sin ninguna conexión con las Universidades tradicionales.

El proyecto de creación de un centro de estudios debía de rondar desde hacía tiempo por la mente de Cisneros, ya que en 1498, tres años después de ser nombrado arzobispo de Toledo, se dirigió a la Alcalá de sus estudios para escoger el emplazamiento idóneo donde fundar su Colegio e iniciar inmediatamente las obras de acuerdo con los planos trazados por el arquitecto Pedro Gumiel. El papa Alejandro VI, mediante una bula de abril de 1499, autorizó a fundar en Alcalá «un Colegio de estudiantes en que se lean enseñanzas de las facultades de Teología, Derecho Canónico y Artes».³

La Universidad de Salamanca, conocedora del proyecto de la nueva Universidad, intentó por todos los medios, como era ya tradicional en casos semejantes, impedir que Cisneros llevase a cabo su obra universitaria, a lo que el cardenal respondió que el nuevo Centro no podía hacer competencia a Salamanca, ya que no se interesaría en absoluto en la enseñanza del Derecho, disciplina que se impartía tradicionalmente en Salamanca y Valladolid; pero que, no satisfaciéndole la enseñanza de la Teología, deseaba fundar una Universidad en su diócesis para la enseñanza expresa de las ciencias eclesiásticas.

El 14 de marzo de 1500 se realizó el acto oficial de la fundación del nuevo Colegio bajo la presidencia del propio Cisneros, que contaba entonces sesenta y cuatro años de edad. La obra material había comenzado, ya que no se trataba de fundar una nueva Universidad sino de crear todo un pueblo para ponerlo al servicio de su Universidad. A fines del siglo XV Alcalá era un terreno pantanoso, teniéndose que realizar grandes obras de desecación para sanear el núcleo urbano y, lo que era más difícil, procurar las rentas necesarias para que la nueva institución pudiera funcionar holgadamente y con un mínimo de continuidad. Se puede afirmar que en los primeros años del siglo XVI surgió en Alcalá una verdadera ciudad universitaria, con calles trazadas a cordel, numerosos colegios y nuevas manzanas de casas. Mientras estas obras se realizaban, Cisneros se vió desbordado por los problemas políticos ya que primero la muerte de Isabel I y más tarde de Felipe el Hermoso acapararon sus energías. Cuando Fernando II de Aragón ocupó la regencia de Castilla en 1507, recibió el capelo cardenalicio y fue nombrado Inquisidor General, pero también pudo dedicarse de nuevo a su gran sueño universitario.

La inauguración del Colegio de San Ildefonso tuvo lugar alrededor de la fecha del 25 de julio, festividad de Santiago,⁴ en que fueron recibidos en él los estudiantes que

3. Alberto JIMÉNEZ, *Historia de la Universidad española*, Alianza Ed., Madrid, 1971, p. 162.

4. Alvar GÓMEZ, en su *De rebus gestis a Francisco Ximeno, Cisnerio, Archiepiscopo Toletano, libri octo*, afirma que fue el 26 de julio de 1508, festividad de Santa Ana. El manuscrito original se encuentra en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid. Vicente de la

componían la colonia reunida en Salamanca por mandato de Cisneros, los cuales al día siguiente salieron públicamente con traje de colegiales. Este primer grupo fue de siete estudiantes, cuyos nombres eran: Pedro del Campo, Miguel Carrasco, Fernando de Balbás, Bartolomé de Castro, Pedro de Santa Cruz, Antonio Rodríguez y Juan Fuente; y se refiere que el día antes se celebró una fiesta en la parroquia de Santiago, a la que concurrieron cerca de 500 escolares, por cuyo motivo el cardenal ordenó en sus Constituciones que anualmente concurriese la Universidad en el mismo día a dicha iglesia.⁵

El libro de recepción de colegiales dice que el 6 de agosto de 1508, Pedro de Lerma, abad de Alcalá, y Pedro de Cardaña, canónigo de Toledo, con facultades especiales de Cisneros, eligieron colegial a Antonio de la Fuente, de la diócesis de Zamora, bachiller en Artes. Mientras los demás fueron elegidos de aquí en adelante hasta un total de 24 colegiales que había el día de san Lucas (18 de octubre) de 1508, y un capellán. En este núcleo inicial de colegiales estaba el bachiller Tomás García de Villanueva, después santo Tomás de Villanueva, y el bachiller Fabián de Nebrija, de Salamanca, hijo de Antonio de Nebrija.

En el Colegio de San Ildefonso se establecieron 33 becas para otros tantos colegiales, los cuales habían de ser presididos por un rector y tres consiliarios, designando, además, 12 capellanes para el servicio de la iglesia, dos de los cuales servirían de párrocos a los colegiales.

El cargo de rector era anual y su elección tenía lugar el 18 de octubre, día de san Lucas, sin derecho a la reelección. Los colegiales debían estudiar precisamente Teología y podían permanecer en el colegio durante ocho años, a la vez que se fijaba el vestido en paño buriel y bonete cuadrado.

Cisneros eligió para cancelario o canciller del Colegio al abad de san Justo, quedando vinculado el cargo, hasta 1830, a los sucesivos abades de esta parroquia, que había sido instituida en colegiata por el arzobispo Carrillo. Cisneros, después de restaurar el templo, aumentó los canonicatos, formando un cabildo de 36 prebendas que anejó a la Universidad, haciendo que fueran concedidas a los maestros en Teología y en Artes, lo que dió a la colegiata de Alcalá un carácter único en la Península y le valió cambiar su título por el de Magistral. Las prebendas quedaban así ligadas a los méritos universitarios y la previsión del cardenal evitaba que los futuros arzobispos de Toledo pudieran boicotear o simplemente dejar morir por lejanía su obra universitaria.

La mayor parte de los colegiales eran graduados, y muchos de ellos profesores.

Fuente, en cambio, en su *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España* (Madrid, 1884-89, tomo II, pp. 66-70), asegura que dicho día inaugural fue el 24 de julio de 1508.

5. Antonio de la TORRE, *La universidad de Alcalá, datos para su estudio*, «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», XX (1909), pp. 412-423.

Compartían la vida con los colegiales una veintena de pensionistas, estudiantes ricos que pagaban pensión y que seguían los cursos de Artes y Teología que se daban en el Colegio mismo.

El Colegio de san Ildefonso, verdadera república aristocrática, era el centro o cabeza de una multitud de Colegios de pobres, cuyo número quería el cardenal que se elevara a dieciocho, cifra que no llegó a alcanzarse.

Cisneros creó simultáneamente cinco colegios: dos de gramática, colocados bajo la advocación de san Eugenio y san Isidoro, en que se estudiaba latín y griego, el primero para treinta gramáticos y seis profesores de griego, con vicerrector, capellán, familiares y tres maestros, y con beca trienal; el de san Isidoro para cuarenta becarios y con las mismas condiciones que el anterior; otros dos colegios, de santa Balbina y santa Catalina, en el primero de los cuales estudiaban cuarenta y ocho estudiantes durante dos años dialéctica y filosofía aristotélica, con enseñanza mutua, y en el segundo, también cuarenta y ocho estudiantes cursaban durante otros dos años física y metafísica. El quinto colegio, instalado en el edificio contiguo al de san Ildefonso y puesto bajo la advocación de san Pedro y san Pablo, estaba destinado a 12 frailes franciscanos, guardián, dos legos y un criado. En 1514 fundó el colegio de la Madre de Dios de los teólogos, para veinticuatro colegiales, seis médicos y el resto estudiantes de teología. Como todos estos estudiantes eran alimentados a expensas del Colegio Mayor, solían ser conocidos con el nombre de «chofistas», por suponer que los colegiales mayores los mantenían con los chofes de las reses y los desperdicios de su opulento colegio.

El célebre Colegio Trilingüe, organizado conforme a los proyectos y deseos del arzobispo, no fue fundado hasta 1528, nueve años después de la muerte del teórico fundador. Estaba dedicado a san Jerónimo y había en él treinta becas: doce estudiaban latinidad y retórica, otras doce griego y seis hebreo. El colegio de san Lucas, más tarde de san Lucas y san Nicolás u Hospital de estudiantes pobres, también es cisneriano, pues le dejó sus bienes e hizo construir edificios espaciosos, con iglesia y huerta.

Esta lista de colegios se fue ampliando con el tiempo, sobre todo a lo largo del siglo XVI, con la fundación de los colegios de san Felipe y Santiago, llamado del Rey (1550), de Santiago o de los Caballeros Manriques (1550), de san Jerónimo, llamado de Lugo (1569), de san Leandro o de Gramáticos (1538), de santa María de la Regla y san Justo y Pastor o de León (1586), de san Cosme y Damián o de Mena (1568), y, por último, de san Juan Bautista o de los Vizcaínos (1594), fundado para estudiantes pobres del señorío de Salvatierra. A todo este conjunto de colegios, surgidos junto al de san Ildefonso, habían de añadirse las casas de estudio que fundaron en Alcalá las diversas órdenes religiosas, como los cistercienses, dominicos, mercedarios, trinitarios, carmelitas descalzos y jesuitas.

En menos de un siglo, una verdadera ciudad universitaria consagraba la idea original de Cisneros y de esta manera se adelantaba a lo que sería una Universidad de los tiempos modernos.

* * *

A principios del siglo XVI la obra universitaria de Cisneros quedaba claramente definida como un perfecto organismo de restauración eclesiástica, orientado hacia la enseñanza de la Teología y únicamente con una pequeña parte de enseñanza jurídica, con dos cátedras de Derecho canónico, que se entendían sólo como complemento de la Teología. De hecho, en la voluntad del fundador nunca existió la idea de que se enseñase Derecho, y sólo en el siglo XVIII empezaron los canonistas a predominar sobre los teólogos, entrando por esta puerta falsa los estudios seculares de Derecho, a los que tanto se había opuesto el cardenal.

La Facultad de Artes existió desde el primer momento en el Alcalá cisneriano y estaba concebida como antesala a la Teología, a la vez que por sus estudios de Lógica y Filosofía era también considerada como indispensable preparación a la Medicina, ciencia que contaba con dos cátedras en donde se enseñaba a Avicena, Hipócrates y Galeno.

Los estudios de Medicina suscitaron en 1514 un grave problema, ya que en otras Universidades se cuestionó la validez de los estudios médicos realizados en Alcalá, basándose en que la bula de Alejandro VI, que autorizaba la creación de la nueva Universidad, concedía las mismas prerrogativas que a los graduados de Valladolid, Salamanca y Bolonia, y no se incluía expresamente la Facultad de Medicina, sino tan sólo las de Teología, Derecho Canónico y Artes.

Esta situación obligó a Cisneros a realizar una serie de gestiones ante la Santa Sede solicitando tres cosas: 1) la convalidación de los grados otorgados en Medicina; 2) la ampliación a esta Facultad de la concesión pontificia desde el principio; 3) la innovación de que el rector nombrara un catedrático que, en caso de no actuar los nombrados como titulares, pudiese conferir todos los grados en la Universidad. Había nacido el miembro suplente del tribunal de tesis doctorales. León X por bula de 3 de noviembre de 1514 aceptó todos los deseos del cardenal, poniéndose fin a la disputa surgida.

* * *

La enseñanza de la Teología tuvo en Alcalá no sólo una destacadísima importancia sino un carácter totalmente innovador, ya que la Facultad de Teología se componía de tres cátedras: una tomista, una escotista y otra nominalista. Esta realidad contrastaba con Salamanca, que había permanecido fiel a la escolástica fundamental representada por santo Tomás de Aquino y Pedro Lombardo. Frente a esta situación Cisneros quiso introducir en Alcalá la filosofía de Duns Scoto, equiparándola con la tomista, a la vez que introdujo la novedad de crear una tercera cátedra de Teología a favor de la doctrina nominalista.

Otra de las novedades alcalaínas fue el enorme interés por las obras de los Padres

de la Iglesia, debiéndose conocer perfectamente la lengua griega para llegar directamente a sus obras, a la vez que era un elemento indispensable para una cultura teológica completa. Los propios estatutos de la Universidad de Alcalá establecen la creación de una cátedra de griego y dejaban la puerta abierta para otras cátedras de hebreo, árabe y sirio, en caso de que hubiera suficientes alumnos. De hecho únicamente funcionaron las cátedras de griego y hebreo. En 1512 iniciaba su andadura la cátedra de hebreo a cargo del docto rabino hispano, convertido al cristianismo, Alfonso de Zamora. Mientras que la cátedra de griego, en 1513, ya cuenta con personajes tan notables como Demetrio Ducas, llegado de Italia, donde había colaborado en Venecia en la publicación de todas las grandes obras de la literatura griega. De hecho Ducas había sido llamado a Alcalá por Cisneros para revisar el Nuevo Testamento griego de la Biblia Políglota, entonces en prensa, y en segundo lugar para ocuparse de la enseñanza de la lengua griega. Ducas a la muerte de Cisneros regresó a Italia, habiendo realizado una gran labor durante su corta estancia en Alcalá.

La Biblia Políglota Complutense se puede considerar como la primera gran obra básica del sueño universitario cisneriano. El primer volumen de los seis de que consta la monumental obra apareció en 1514, quedando totalmente terminada el 10 de julio de 1517, cuatro meses antes de la muerte del cardenal.

La afición de Cisneros a los estudios bíblicos se remontaba ya a su estancia en Sigüenza en 1480, en donde es más que probable organizase un centro de estudios bíblicos en su palacio episcopal. Esta línea de trabajo cristalizó en 1502 cuando, rodeado de expertos famosos como el converso maestro segoviano Pablo Coronel, el médico maestro Alfonso de Alcalá y, también, Alfonso de Zamora, hizo revisar los textos hebreo y caldeo de la Biblia Complutense. Estos y otros muchos trabajos cristalizaron en la edición de la Biblia Políglota Complutense en la que se había trabajado desde 1502, siendo con la llegada del impresor Brocario a Alcalá en 1510 cuando se iniciaron las primeras gestiones del cardenal para reunir buenos manuscritos relacionados con los trabajos de la Biblia. El 10 de enero de 1514 Brocario terminó el primer volumen, que era el volumen quinto, dedicado al Nuevo Testamento, que presenta en dos columnas, con igual tamaño, el texto griego y el de la Vulgata, que se corresponden palabra por palabra. En 1515 quedó terminado otro volumen, el sexto, que contiene gramática y vocabularios hebreo, caldeo y griego. Y el 10 de julio de 1517 eran presentados al cardenal los cuatro primeros volúmenes, dedicados al Antiguo Testamento.

La muerte de Cisneros y la división de la sociedad castellana por la guerra de las Comunidades hizo que el Colegio de San Ildefonso se dividiese en dos bandos: el de los ultramontanos o castellanos, que simpatizaba con los comuneros, y el bando minoritario formado por los cismontanos (béticos y extremeños). Todos estos trastornos hicieron que la Biblia Políglota no se pusiese a la venta hasta 1522, cuando ya habían aparecido tres ediciones del Nuevo Testamento de Erasmo. Pero lo

más grave fue que la pequeña academia bíblica se dispersó, a la vez que desaparecía el magnífico material tipográfico utilizado para la composición de la Biblia de Alcalá. Cisneros también había ordenado una edición greco-latina de todas las obras de Aristóteles, para lo que reunió a un grupo de literatos, entre ellos el toledano Juan de Vergara, uno de los colaboradores de la Políglota, quien llegó a traducir ocho libros de la *Física*, tres *De Anima* y catorce *De Metafísica*. Muerto Cisneros los manuscritos de Vergara pasaron a la biblioteca de la catedral de Toledo.

El ambicioso plan del cardenal Cisneros para su Universidad Complutense quería alcanzar lo que se consideraba esencial en la época: el conocimiento y dominio de las tres lenguas —hebreo, griego y latín—, necesarias para el estudio de la Biblia, lo que desembocaría en la fundación en 1528 del Colegio Trilingüe, puesto bajo la advocación de san Jerónimo. Pero ya desde 1512 era profesor de hebreo en Alcalá el célebre gramático, ya citado, Alfonso de Zamora, uno de los colaboradores de la Políglota; y desde 1514 se encontraba allí de nuevo el maestro Antonio de Nebrija, que formó en su cátedra a un importante grupo de humanistas, entre los que destaca el célebre Hernán Núñez de Guzmán, el *Pinciano*, que fue profesor de griego en Alcalá y Salamanca.

Alcalá, ya en vida de Cisneros, se había convertido en un importante centro de humanismo cristiano, donde una selecta y escogida minoría se esforzó por extender las doctrinas, las técnicas y el fervor por las nuevas ideas a un círculo más extenso.

La obra universitaria cisneriana es tanto más admirable si tenemos en cuenta su cuidado en dotarla de los medios necesarios para su supervivencia cara al futuro. En este aspecto únicamente sus previsiones son comparables a las de otro ilustre cardenal castellano, Gil de Albornoz, que con la fundación del Colegio de san Clemente de los españoles en Bolonia había dejado una obra sólidamente dotada al margen de las vicisitudes políticas y económicas.

Cisneros dotó a su idea universitaria de innumerables y pingües beneficios eclesiásticos. Para ello fueron varias las veces que, con este motivo, acudió a la Santa Sede para obtener la sanción definitiva de sus decisiones, que después ratificarían León X en 1514 y, más tarde, Adriano VI y Pío IV.

La consolidación económica de la Universidad de Alcalá tuvo lugar por voluntad de Carlos I como protector del centro, tal como Cisneros había dejado establecido en sus últimas voluntades. El nuevo monarca proporcionó una renta anual de más de tres mil ducados de oro, reservándose para él y sus sucesores el total derecho de patronato y presentación de titulares; situación que fue aceptada por la Santa Sede en 1519.

El cardenal Cisneros, con su obra universitaria, se adelantó a la concepción moderna de vida universitaria. Medio siglo bastó a Alcalá para consolidarse como uno de los centros de cultura más renombrados de la época, siendo celebrado por reputados humanistas como el propio Erasmo y, años más tarde, por los padres que asistieron al concilio de Trento (1563). Cisneros puso su mejor voluntad en llevar a

cabo su Universidad de Alcalá, teniendo la previsión de ponerla bajo la protección real para evitar la posible desidia de sus sucesores en la sede toledana.

Había diseñado un gran centro de cultura en donde los mejores enseñasen en él, en donde el agobio económico no fuera una constante y en donde los más inteligentes tuvieran acceso, gracias a la gran red de colegios, a la alta cultura sin tener en cuenta su situación económica ni su extracción social. Tal amor y esperanza depositó en su obra que quiso ser enterrado en la capilla del Colegio de san Ildefonso, alma y matriz de toda la vida universitaria complutense.